

nes y opciones. Por este camino cobra forma nuestra vida individual, inserta en el flujo histórico-social, única vida real y auténtica; en este camino se fragua nuestra lucha contra el conservadurismo, que aspira a cristalizar el pasado, y contra el oportunismo, que no ve más que el presente». «El futuro deja de ser una realidad que se espera para convertirse en una realidad que se fragua». Acabaremos añadiendo que si bien el concepto de la acción revolucionaria de la «educación para el futuro» atraviesa todas las páginas del libro, las partes dedicadas a la **Renovación de la teoría y de la práctica pedagógicas y La reorganización del sistema de enseñanza** han sido tratadas ampliamente y en ellas se estudian aspectos de gran interés, como son la reorganización de la educación moral, la educación a través del arte, la obligatoriedad de la enseñanza, la postura antigua y moderna del educador. La cuarta parte dedicada a **Las perspectivas de la educación en Polonia** resulta excesivamente programática y abstracta. ■ F. ALMAZAN.

biOPSia de OPS

En uno de los dibujos de ese monstruo superintestinal —hay, téngase en cuenta, monstruos superestructurales y monstruos superintestinales— llamado OPS, aparece un caballero de obsoleto mostacho e insultante musculatura que, a ojo de cubero subempleo, sostiene con evidente esfuerzo un bonito juego de pesas. Spongo que es fácil percatarse de que las pesas en cuestión no son tales pesas, sino flácidos y exangües globos pintados de negro, sujetos por su embocadura a sendos hilos cuyos extremos son asidos (con una unción digna de autoridades civiles y militares asistentes a sepelios de preladitos domésticos de Su Santidad) por dos respetuosas e impasibles criaturas, mismamente un niño y una niña. Pues, bien, señores y señoras, ese niño es ni más ni menos que OPS. Y ese dibujo del que hago mención, su primer autorretrato.

A partir de aquella infausta experiencia, OPS advirtió que los caballeros de obsoleto mostacho solían impedir, con toda la fuerza de su insultante musculatura, que las cosas —en principio, teóricamente, los globos— llegasen a su ra-

cional destino. Las cosas y los hombres, claro está. Y es que los susodichos caballeros estaban tan acostumbrados a deglutir heces de insectos y a ordeñar automóviles que no eran siquiera capaces de saberse observados (u OPServados, qué más da), y recaían con fruición en la caricatura de sí mismos y en vicios tan absurdos como confundir unos anteojos con un cañón o disfrazarse de madame Reclamier.

OPS, según era previsible, creció en edad y en sabiduría, y averiguó que, además de los

cisco de Goya. La verdad es que todas estas alusiones culturales eran muy desconcertantes: los verdugos azotaban a un fático mártir de puro hueso...; Diógenes buscaba a un gachó que le ubicara la cabeza en su sitio habitual...; Teseo se adentraba en el laberinto cretense provisto de muleta y estoque...; los fusiladores de la montaña del Príncipe Pío se fusilaban a sí mismos...; Prometeo recibía las sevicias de un reloj de cuco...; el Rey David dictaba sus salmos a una mecanógrafa...; Leda y el cisne recibían

mueble en que habito, pongamos por caso—, un individuo casi peligroso, un trotskista del humor. Y maldita, pues, la gracia que les hacía. Porque OPS no dibujaba chistes (que es lo que la gente de orden hubiera exigido de su número), ni daba corruscos al perrito de Xaudaró, ni hacía caricaturas de Manolete, ni diseñaba mozueltas de líneas exultantes. OPS dibujaba abracadabrantés insolencias, repugnantes paradojas, feas escenas tan absurdamente cotidianas como morirse de asco o meterse el dedo meñique en las fosas nasales.

Un chiste, según los OPSe-cuentes varones de la Academia, es un «dicho agudo y gracioso», un «donaire» o un «suceso festivo». Y, salvo ese raro estigma de la agudeza, escasos donaires o acaceres festivos hallaremos en los dibujos de OPS. Porque el tal OPS no es dibujante de chistes, sino humorista; no es ilustrador de ideas ajenas, sino creador de sus propias imágenes. El tal OPS sólo hubiera podido ilustrar a gusto el «Elogio de la locura», o acaso algunas greguerías de Ramón Gómez de la Serna: «Los senos son como unos ojos de monstruo, unos ojos terriblemente ahuevados, ojos de gran sapo...».

No vaya a creerse que el tal OPS sea OPSceno u OPSeño, no. Simplemente, parece empeñado en cortar la digestión a las gentes de orden. Y es que OPS odia a las gentes de orden como a sí mismo. Sobre todo, desde el día en que descubrió que las gentes de orden poseían una caja registradora llena de intestinos. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.



hombres, existían las moscas. Pero estas moscas descubiertas y analizadas por OPS no eran, como las moscas de Jean-Paul Sartre, existencialistas y un poco micénicas; eran más bien sucesoras de aquellas otras moscas machadianas, pegajosas e impertinentes, proclives a aposentarse sobre los juguetes encantados, sobre las cartas de amor, sobre los párpados yertos de los muertos y sobre los platos soperos de las gentes OPSoletas.

Y un buen día (cuatro siglos después de la aniquilación del trazo fiero en Lepanto) OPS publicó un opúsculo titulado precisamente «Los hombres y las moscas» (1). Y en él recogió, como era de esperar, varios autorretratos más (OPS dando a la comba con un culebrón negruzco, OPS atacado por lombrices intestinales, OPS esperando el estallido familiar de una bomba, OPS conducido por los bisabuelos de mis progenitores hasta el borde de un pozo...) e incluso hizo alardes culturalistas —superintestinales, entendámonos— y dedicó inequívocos recuerdos a los infelices diablitos que pueblan los cielos de Pedro Berruguet y a los toros con cuajo y redaños que pululan por los aguafuertes de Fran-

las bendiciones de un obispo bigotudo... En la mente OPSe-siva de OPS se había ido fraguando una mitología de la crueldad, una lógica del absurdo, una teología de la irreverencia, una plástica de la repulsión, una horripilante mezcla peristáltica de Fernand Leger y Jeronimus Bosch, Jean-François Millet y William Blake, Louis David y Goya, Polanski y Buñuel, Cain y Abel, «El Empeinado» y el cura Merino, la virgen sesentona que toca «El vals de las olas» y el ciego de los romances... Y así, un largo, interminable etcétera.

Lo cierto es que, para su desgracia, el pobre OPS nunca pudo llegar a ser feliz. Para que hubiese sido medianamente feliz, habría sido menester que hubiera sido tonto de capirote. Y el pobre OPS no era tonto, ni devoraba montañas de intestinos sentado en la taza del retrete, ni acudía bobaliconamente al encuentro fatal de las bayonetas. El pobre OPS era, en opinión de las gentes de orden —mi tía Tomasita Rodríguez o el presidente de la comunidad de vecinos del in-

(1) OPS, «Los hombres y las moscas». Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán. Editorial Fundamentos, Colección Arte/Humor. Madrid, 1971.



un tono teatral al que también pertenecieron o pertenecen nombres como Mariano Asquerino, Francisco Pierrá o Concha Catalá.

¿Podría calificarse esta escuela de «naturalista» en el sentido que, por ejemplo, se aplica el término al método de Stanislavsky? ¿Estáremos, frente a las convenciones de las escuelas precedentes, ante un tipo de actores empeñados en imponer la idea de «cuarta pared» y de hacer de la escena una «imagen» de la realidad? La cuestión es interesante porque nos lleva en seguida a uno de los límites fundamentales del teatro español: el repertorio. Cuando Stanislavsky desarrolla sus ideas sobre la interpretación orgánica o Meyerhold arremete contra él y sostiene la necesidad de la convención consciente, se está polemizando en torno a dramaturgos de la talla de un Chejov o de un Gorki. Por lo demás, en seguida llegará Maeterlinck con sus tragedias oscuras, metafísicas y truculentas, radicalmente opuestas a cualquier tratamiento naturalista.

La idea, pues, de «fotografía», de simple reproducción exterior de la realidad, resulta rápidamente sobrepasada por la escuela stanislavskiana. Entre esta escuela y la de Meyerhold se alza una permanente polémica, cuyo sentido último no es la discusión de los fines del teatro, sino de los métodos artísticos para conseguir alcanzarlos. ¿Y cuáles son estos fines? La representación de las realidades humanas ante un público. Lo que obliga al «actor orgánico» a un serio y duro trabajo para hacer de sí mismo un instrumento de la revelación propuesta por el texto.

El caso de Rivelles, ya digo que maestro de lo que se ha

T EATRO

En la muerte de Rafael Rivelles

La noticia de la muerte de Rafael Rivelles ha vuelto a colocarnos ante una etapa del teatro español y de lo que se consideró poco menos que una perfecta escuela interpretativa. Rivelles encarnaba lo que en nuestro medio se llamó la «naturalidad» escénica. Respecto de las figuras famosas que le precedieron, generalmente caracterizadas por cierto regusto declamatorio, Rivelles fue la culminación de